

**Noticias de reinos lejanos.
La imagen del mundo medieval en los relatos de viajes de la Baja Edad Media**

Melisa Laura Marti
(IIBICRIT [SECRIT] – CONICET)

En los relatos medievales donde el viaje¹ es el eje del avance textual, son las peripecias de un héroe que el destino pone a prueba las que marcan el ritmo narrativo y dominan su interacción con el espacio. Es lo que vemos en textos como el *Libro de Apolonio* y, en cierta medida, en epopeyas como la del *Libro de Alexandre*, en el que la hazaña heroica y la progresiva ejecución del plan conquistador de su protagonista son los parámetros por los que podemos reconocer la expansión de su saber y su poderío. Esta característica se acentúa con los libros de caballerías o de aventuras, en las que el avance de un caballero andante sobre tierras misteriosas y su contacto con lo extraño y maravilloso constituyen pruebas de valor y superación, como podemos ver en el *Libro del caballero Zifar*. Sin embargo, a medida que la exploración marítima y de Oriente se sumaban a los avances cognitivos del siglo XV, que tuvieron como culminación el desembarco en el continente americano, la literatura comienza a dar cuenta de los cambios que se producían con respecto a la manera de ver y entender el mundo que habitamos. Una temprana muestra de estos cambios aparece reflejada en la *Embajada a Tamorlán*, en la que el acto de enunciación es de por sí distinto a lo implicado en la redacción de los textos antedichos, ya que es el autor mismo el que emprende el viaje que se encarga de narrar.

Narrar el viaje no era una cuestión menor en la Edad Media. El discurso literario es un fiel reflejo de la manera de entender el mundo como un eslabón en una cadena de analogías dependientes del orden divino, en el que cada parte es análoga al todo. En efecto, en la imaginación medieval del mundo convergen ideas acerca de Dios, del cosmos y del hombre, que forman una cadena de semejanzas que vincula el macrocosmos con el microcosmos humano. El viajero, en este sistema de ideas, se ve teñido por matices alegóricos que enriquecen la noción de viaje y amplían su significado para encarnar una experiencia universal, extendida a todos los cristianos. Como explica Olivier Biaggini, el motivo del *homo viator* aparece en los relatos de viajes del siglo XIII y en la literatura del mester de clerecía como una constante que remite a un peregrinaje universal, una *peregrinatio vitae*, que expresa que todos somos extranjeros en este mundo y que nuestro paso por la Tierra encarna una alienación (transitoria y orientada). Así lo expresa Zifar:

E non te marauilles en la vida del ome, que atal es commo prigrinaçion. Quando llegara el pelegrino al lugar do propuso de yr, acaba su peligrinaçion. Asi fas la vida del ome quando cuple su curso en este mundo; que dende adelante non ha mas que fazer. (González 1998, 158)

Es por ello que todo itinerario se convierte en una manifestación providencial del orden divino, que se refleja también en el relato, concebido simbólicamente como un recorrido. El *topos* del *homo viator*, integrado como esquema narrativo y simbólico en textos de gran difusión en la época como los *Milagros de Nuestra Señora* de Gonzalo de Berceo, habilita la articulación de las obras mencionadas al comienzo de este trabajo y da lugar al reconocimiento

¹ El rótulo “relatos de viajes” al que alude el título responde tan sólo a un aspecto general, coincidente en las tres obras escogidas, que se enmarca en el contexto específico de la poesía épica, la novela de caballerías y el documento diplomático, respectivamente. El objetivo de este trabajo no será entrar en la discusión relativa a los géneros a los que pertenecen las obras a tratar, por lo que se las estudiará considerando las salvedades que su carácter híbrido les confiere.

de patrones comunes en el panorama general de las letras castellanas en los últimos siglos de la Edad Media.

Por lo tanto, nos proponemos analizar la evolución de la imagen del mundo medieval desplegada a lo largo de los siglos XIII, XIV y XV, tomando como referencia tres textos de amplia difusión en la época: el *Libro de Alexandre*, el *Libro del caballero Zifar* y la *Embajada a Tamorlán*. Un acercamiento histórico-literario nos permitirá encontrar en estas obras un espejo de cómo se entendían estos itinerarios materiales y simbólicos y cómo los lectores del período imaginaban y entendían el mundo que habitaban.

1. El mundo de los antiguos: el *Libro de Alexandre*

El *Libro de Alexandre* (cuya discutida fecha de aparición ronda las primeras décadas del siglo XIII) ofrece una pintura fabulosa del Oriente medieval, en la que no faltan alusiones a seres y lugares maravillosos. Las hazañas de Alejandro Magno, el viajero por antonomasia para los intelectuales de la Edad Media, sirvieron de marco ideal para la descripción del mundo conocido y los misterios de los espacios vedados. No resulta casual que se afirme de este héroe conquistador que “conquisto tod’ el mundo, metiólo so su mano” (Cañas, c. 5c).

La representación del mundo no tiene un lugar menor en el *Alexandre*. Por el contrario, en ocasiones remite a textos de carácter erudito, ampliamente difundidos en la época, que habían dejado una marca profunda en la imaginación medieval del mundo. No puede pasar desapercibida su evocación de los esquemas isidorianos, por ejemplo, sobre todo en la primera gran digresión geográfica, en la que se despliega una descripción del globo terráqueo:

La materia lo manda por fuerça de razón,
avemos nós a fer una desputación,
cómo se parte ‘l mundo por triple partición
cómo faze la mar en todas división.

El que partió el mundo fízolo tres partidas,
son por braços de mar todas tres divididas,
la una es mayor, las otras son más chicas,
la mayor es calient e las dos son más frías.
(Cañas, cc. 276-7)²

Así comienza esta digresión, basada en el *Alexandreis* de Châtillon, en la que se alude a los esquemas cartográficos llamados “T en O” (Terrarum Orbis). Estos mapas diagramáticos se incluían en las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla y reproducían sin muchos detalles la configuración de la Tierra, dividida en tres continentes cruzados por dos cursos de agua en forma de T y rodeados por un océano, la O (que, además, posee el poder emblemático del círculo). La barra transversal de la T representa una línea continua formada por el Nilo, el Helesponto, el mar Negro, el mar de Azov y el río Don, que separa Asia (ubicada en la mitad superior del mapa) de los otros dos continentes. El otro curso de agua corresponde al Mar Mediterráneo y divide la mitad inferior del mapa. A la izquierda se ubica Europa, y África, a la derecha. Este esquema implica una perfección inmutable del diseño divino, simbolizado por el círculo, la persistencia del número tres y la figura de la cruz, por lo que esta tradición no admitía la inclusión de un cuarto continente. El texto prosigue:

Tiene el Christianismo a Europa señera;

² Todas las citas del texto se harán a partir de la edición de Jesús Cañas. Para facilitar el seguimiento del texto, señalamos entre paréntesis las coplas citadas.

moros tienen las otras por nuestra grant dentera.

Qui asmar cómo yazen los mares, de cuál guisa,
el uno que comedia, el otro que quartiza,
verían que tien la cruz essa figura misma,
ond devién los incrédulos prender la mala cisma [...]

Es más rica de todas Asia e mayor
aún como es tan buena devié seer mejor;
deviénle reverençia todas dar e onor,
ca y nació don Christus el nuestro redemptor [...]

Toda Santa Iglesia d'allí priso 'l çimiento,
dent fueron los apóstolos, un honrado conviento;
pero a Europa Dios le dio grant alçamiento,
ca es Roma cabeça de tod' ordenamiento.
(Cañas, cc. 279-286)

Las alusiones a la cruz y a la Santa Iglesia que podemos ver en estos últimos versos evidencia un caso de “medievalización” o “cristianización” de la materia que ocupa al autor del *Alexandre*, y que se mantiene hasta la copla 293. Como se verá más adelante, esta es una de las tantas formas en que se manifiesta el carácter didáctico-moralizante de la obra. La construcción de la figura de Alejandro como una figura ejemplar y una advertencia para los lectores medievales sólo pudo haber sido efectiva si se la acercaba al momento de enunciación, lo que dio lugar a un sincretismo notable de elementos cristianos y paganos.

Por otra parte, a continuación de este pasaje se incluye una copla que hace referencia a una imagen que también supone una cristianización de la geografía oriental y que fue muy aprovechada por la literatura medieval, como se verá en el *Zifar* y en la *Embajada a Tamorlán*: la de los ríos del Paraíso terrenal, que obsesionaban a los viajeros medievales. Al respecto, el autor de *Alexandre* asegura que “Ixen del paraíso las quatro aguas santas” (Cañas, c. 287a). Este mítico lugar, que se suponía tenía emplazamiento real en la Tierra, se relaciona con uno de los grandes interrogantes del pensamiento geográfico de la época, esto es, si hay una parte inaccesible de la Tierra.³ Para Isidoro de Sevilla,

el Paraíso es un lugar situado en las regiones del Oriente [...] En su parte media hay una fuente que riega todo el jardín y de la que nacen cuatro ríos [...] Está rodeado por todas partes de espadas de fuego, o sea, de un muro ígneo. (Cortés y Góngora, 339)

Las tres obras se apropian de esta imagen sometiéndola a un tratamiento prácticamente idéntico, puesto que se les busca un correlato real a estos ríos en las tierras asiáticas.

Esta tendencia a la cristianización no sólo aproxima la temática de la obra al lector medieval, sino que entraña además la idea –ya mencionada– de “la santa armonía” (Cañas, 1059c), el orden divino en el que cada fracción del universo es análoga al todo. En efecto, el *Alexandre* se hace eco de una tradición de raíces antiguas que asimila a la divinidad con su Creación. De acuerdo con esta concepción, muy extendida en las letras hispánicas, el hombre es un microcosmos que refleja la composición de la Tierra. El hecho de que la representación del mundo proceda por analogía se manifiesta en la tradición (milenario y casi universal) que

³ Zumthor señala como fundamentales tres preguntas que subyacen a la representación medieval del mundo: ¿Cuáles son los límites del mundo? ¿Qué parte de la Tierra está habitada? ¿Hay una parte inaccesible de la Tierra? (221).

hace del cuerpo un modelo del mundo. Esto responde a la “concepción armónica y organizada del universo,” ya que “la constitución física del mundo refleja la constitución física del hombre,” por lo que “en última instancia, el mundo también ha sido formado a imagen y semejanza de Dios” (Cañas, 136). La metáfora de “tener el mundo en la mano” agudiza, en este contexto, su potencia simbólica.⁴ Por otra parte, la centralidad de esta concepción en el sistema de ideas medieval radica en su valor cognitivo, puesto que, como explica Paul Zumthor, “los arquetipos a los que remiten nuestras representaciones del espacio proceden de nuestra conciencia corporal” (18). En consecuencia, los ejes alto-bajo, adentro-afuera, cerca-lejos, e incluso las unidades de medición (pies, palmos, etc.) muestran el peso que el cuerpo humano tiene sobre la concepción del espacio.

Como señala Francisco Rico en su estudio acerca de este tópico, en el que rastrea sus fuentes en la filosofía grecolatina y de la Alta Edad Media:⁵

La definición del hombre como microcosmos (o del cosmos como hombre) venía aceptándose casi unánimemente desde siglos atrás, y pocos clérigos dejarían de conocerla glosada en más de un sentido. (56)

Sin dudas, el pasaje que evidencia con claridad la influencia de este tópico sobreviene cuando Alejandro emprende su viaje aéreo, “por ver tod’ el mundo cóm yazié o quál era” (Cañas, 549):

Solémoslo leer, dizlo la escriptura,
que es llamado mundo del omne por figura;
qui comedir quisiere e asmar la fechura,
entedrâ que es bien a razón sin pressura.

Asia es el cuerpo, segunt mi oçient,
sol e luna los ojos, que naçen de orient,
los braços son la cruz del Rey omnipotent,
que fue muerto en Asia por salut de la gent.

La pierna que deçende del siniestro costado
es el reino de África por ella figurado [...]

Es por la pierna diestra Eüropa notada,
ésta es más católica, de la fe más poblada [...]
(Cañas, cc. 2508-2511)

Las proporciones de los continentes, como se ve, se corresponden con las partes del cuerpo que les son análogas: a Asia, la mayor parte del cuerpo; a Europa y África, las de menor tamaño (proporción que, como ya se ha visto, se menciona en la copla 277). Una vez más encontramos un ejemplo de medievalización, ya que se le asigna el carácter de cruz a la franja que forman los mares en el eje norte-sur. Como ya se pone de manifiesto en el Mapa T en O

⁴ De hecho, la analogía existente entre Dios, el mundo y el hombre supone el riesgo de que este busque la identificación total con el primero de estos términos. Puede interpretarse la ambición de Alejandro como la de quien busca ser Dios y fracasa en el intento. La divinidad le quita su protección y Alejandro se encamina hacia su muerte.

⁵ A modo de ejemplo, podemos mencionar la siguiente analogía de San Isidoro: “de la misma manera que el cuerpo humano es uno y tiene en sí muchos miembros y la casa es una y tiene muchas habitaciones, lo mismo decimos también de la tierra, y decimos lugares, es decir, extensión de tierra, cuyas partes son provincias” (Cortés y Góngora, 349).

de las *Etimologías*, esta figura de la cruz no era ajena a la cartografía medieval. Pero si observamos mapas contemporáneos a la aparición del *Alexandre*, vemos que la simbología cristiana se explicita aún más: el mapamundi de Ebstorf, cuya aparición ronda el año 1234, comprende la figura la Jesucristo, cuya cabeza marca el este; sus manos, el norte y el sur; sus pies, el oeste –tal como lo describen estas coplas. En esta etapa de la evolución de la cartografía se hace patente el enciclopedismo, y en este caso es clara la convivencia de elementos de la historia, la teología y la teratología. Por si quedaban dudas acerca de la distancia que separa esta concepción de una más realista o práctica, vemos que el centro de un mapa como este coincide con Jerusalén –y, a su vez, con el corazón de Jesucristo. Como ya se ha dicho, los mapas narran una historia, y en este caso se busca que esta narración abarque todos los aspectos de la Creación –incluso los paganos–, tal como intenta hacerlo el mismo Alejandro por medio de su plan conquistador.

Ahora bien, el poeta de la obra que nos ocupa no se detiene en superficialidades:

La carne es la tierra espessa e pesada,
 el mar es el pellejo que la tiene çercada,
 las venas son los ríos que la tienen temprada,
 fazen diestro e siniestro mucha tornaviscada.

Los huessos son las peñas que alçan los colados,
 cabellos de cabeça las yervas de los prados [...]
 (Cañas, cc. 2512-2513)

La analogía del mundo y el cuerpo humano va más allá de la apariencia externa. si se observa un mapamundi como el de Ebstorf, los ríos realmente parecen venas y arterias que irrigan la Tierra. Al respecto, C. S. Lewis, se refiere a la correspondencia existente entre la división del mundo en zonas climáticas y el cuerpo humano:

Está compuesto de los cuatro contrarios. Recuérdese que en el mundo éstos se combinan para formar los elementos: fuego, aire, agua y tierra. Pero en nuestros cuerpos se combinan para formar los humores. Caliente y húmedo forman sangre; caliente y seco, bilis; frío y húmedo, flema; frío y seco, melancolía [bilis negra]. (Lewis, 130)

Por otra parte, esta correspondencia entre el cuerpo y el mundo explica los prodigios que se producen cuando nace Alejandro: “en la cadena del universo cualquier anormalidad que se produzca en uno de los eslabones tiende a repercutir en el resto” (Cañas, 136). En consecuencia, el nacimiento del héroe desencadena toda clase de fenómenos climáticos y altera el comportamiento de algunos animales. Lo que sucede en uno de los niveles afecta a los demás. En este caso, por ser Alejandro un hombre excepcional, se produce un quiebre en el orden terrestre, que desencadena estos fenómenos.

Finalmente, como se verá en el resto del *corpus* que nos compete, el autor del *Alexandre* evidencia un interés por imbricar episodios de la tradición bíblica con los acontecimientos narrados en la historia principal. Así como el relato bíblico que con más frecuencia se evoca en el *Zifar* y en la *Embajada* es el de las secuelas del Diluvio, el *Alexandre* incluye una larga digresión acerca de la construcción de la Torre de Babel, con motivo de la conquista de Babilonia. Este pasaje, además de incluir un catálogo de los pueblos de la Tierra (lo que significa una continuación del modo en que el mundo fue “partido”), constituye un anticipo de lo que deparará el destino para Alejandro: la sed desmedida de saber conduce a la perdición.

2. El mundo ficcional: el *Libro del caballero Zifar*

La aparición del *Libro del Caballero Zifar*, fechada alrededor de 1320, coincide con un momento interesante para la cartografía medieval, por tratarse de la transición entre la representación simbólica del mundo y la priorización de la practicidad para el diagramado de los mapas y cartas de navegación. Si hacia el siglo XIII la utilidad de los mapas radicaba en ilustrar la Revelación bíblica (por lo que la representación del mundo se limitaba a la porción ocupada por el hombre), a partir del siglo XIV comienzan a desarrollarse convenciones para el dibujo de los mapas y a valorizarse la realidad espacial empírica, desprovista de alusiones míticas y pretensiones enciclopédicas.

Esto estuvo sin duda relacionado con las grandes modificaciones que se produjeron en el siglo XIV en el sistema de ideas medieval, cuando los modos de acceso a la realidad –la fe y la razón– dejan de utilizarse para resolver los mismos problemas. En palabras de Gordon Leff, se produjo una “exploración sistemática de los alcances y límites del conocimiento,” cuyo efecto fue el de “transformar la noción de lo que podía conocerse y su relación con lo que debía creerse” (Leff, 7).⁶ A partir de ello, no se volvió a ordenar la realidad dentro de un sistema exhaustivo de ideas, como había sucedido hasta el siglo XIII. En consecuencia, se daba por sentado que las búsquedas del conocimiento natural y de la verdad revelada eran independientes entre sí. En los ámbitos de la geografía y de la cartografía, esta transformación se tradujo en la adopción de una concepción utilitarista de los mapas y cartas de navegación, acompañada por la necesidad de explorar por tierra y por mar más allá de los límites de lo conocido.

Como se verá a continuación, en el *Libro del caballero Zifar* se evidencia aún una tensión entre la representación fantástica o mítica de los lugares reales citados y la referencia geográfica realista. Así como en el *Libro de Alexandre* presentaba similitudes con los mapas T en O y el mapamundi de Ebstorf, podría decirse que el *Zifar* tiene su correlato cartográfico en el enciclopedismo del Atlas de Cresques (1375), en el que conviven armónicamente la geografía (la distribución de los continentes se aproxima mucho más a la real) y lo maravilloso, como sucederá a lo largo de la novela.

En efecto, en numerosas ocasiones se alude a sitios reales vinculándolos con relatos bíblicos. Es el caso de la primera gran digresión geográfica, introducida en ocasión de la descripción del linaje del caballero Zifar y su procedencia: “Dizen las estorias antiguas que tres Yndias son: la vna comarca con la rigion de los negros, e la otra comarca con la tierra de Cadia, e la otra comarca con la rigion de las tinieblas” (González, 1998: 95). De acuerdo con esta distribución tripartita de las Indias, Zifar y sus antepasados provienen de la India Meridiana o Media, que comprendía la península arábiga y los territorios circundantes. La brevedad e imprecisión con que se ubica geográficamente esta región contrasta con la extensa relación que se da de los relatos bíblicos vinculados con la India, cuya etimología remite al mismo Noé. Como sucediera en el *Alexandre*, se aprovecha la ocasión para dar cuenta del episodio de la torre de Babel, del que surgieron los linajes que poblaron la tierra. Como ya mencionamos, la imaginación geográfica de la época se nutría esencialmente del imaginario bíblico, por lo que existían grandes dificultades para situar en el espacio los pueblos y regiones ajenos a la tradición bíblica. Sin embargo, en este pasaje del *Zifar*, los elementos del pensamiento cristiano conviven con las huellas que la tradición cartográfica islámica ha dejado en la toponimia castellana. Vemos, por ejemplo, que el autor se refiere a China como Çin, término de origen árabe, como apunta Roger Walker (37). La misma proporción de información geográfica y de relatos bíblicos aparece en la última digresión geográfica del texto, en la que se describe la tierra de Zafira, cuyo rey se rebela contra el emperador Roboán. Aquí se repite el modelo anterior, que comienza con una breve reseña geográfica: “Aquella tierra es la mas postrimera

⁶ La traducción es mía.

tierra poblada que sea contra oriente, e ally se acaba Asia la Mayor contra la parte de çierço” (González, 1998: 447). A continuación, se incluye una recapitulación del modo en que la Tierra fue repartida por Noé entre sus hijos:

[Noe] partio el mundo por tres terçios e puso terminos conosçidos a cada terçio, e partiolos a sus tres fijos; e llamo al vno Europa, e al otro Asia, e al otro Africa. Europa es el terçio que es a la parte del çierço, e Africa es el terçio que es a la parte del mediodia. Asia es en medio destes dos terçios. E Noe dio a Europa a Jafe el fijo mayor, Asia a Sen el fijo mediano, e a Africa a Can el fijo menor. (González, 1998: 447-8)

La correlación existente entre Sem, Cam y Jafet y Asia, África y Europa, corresponde al ya mencionado mapa T en O que acompañaba las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla, donde cada continente lleva inscripto el nombre de estos tres patriarcas: Asia está habitada por los pueblos semitas, descendientes de Sem; África, por los camitas, descendientes de Cam; y Europa, por los descendientes de Jafet. La representación cartográfica de esta concepción tripartita de la Tierra no se interrumpió hasta pasado el siglo XIV, cuando en muchos ámbitos ya se había superado.

Por otra parte, las descripciones que se hacen del reino de Zafira y de la opulencia de sus joyas, como la del zafiro que adorna el vergel de la ciudad de Monteçaelo, “tan grande que dos gamellos non lo podrian leuar, atan pesado es” (González, 1998: 450), ilustran, como señala María Rosa Lida de Malkiel, “el ensueño de opulencia mágica que [...] ha pasado a embellecer la concepción medieval del Oriente” (412). El exotismo de las tierras que visitan tanto Zifar como Roboán no aparece especialmente resaltado salvo en excepciones, como en esta, y también en ocasión de la llegada a Pandulfa, cuando se mencionan las dificultades que Roboán tenía para comunicarse con sus pobladores, por ser

tierra de otro lenguaje que non semejava a la suya, de guisa que se non podian entender sy non en pocas palabras; peroquel traya sus trujamenes consigo por las tierras por do yua, en manera que lo resçebian muy bien. (González, 1998: 355)

El sincretismo entre elementos míticos y realistas se mantiene a lo largo del libro. También la ubicación geográfica del reino de Pandulfa respeta el esquema ya aludido:

es en la Asia la Mayor, e es muy viçiosa tierra e muy rica, e por toda la mayor partida della pasa el rio de Trigris, que es vno de los quatro rios de parayso terreñal, asy commo adelante oyredes do fabla dellos. (González, 1998: 390)

Como se ha adelantado más arriba, el tópico del paraíso terrenal aparece más de una vez en el *Zifar*, que sigue básicamente la descripción de las *Etimologías* ya citada y alude al Génesis como fuente principal a la hora de explicar la razón del nombre del reino de Tígrida:⁷

Onde dize el Genesy, en el parayso terreñal sale vn rio para regar la huerta, e apartose en quatro logares, e son aquellos los quatro rios que nasçen del parayso terreñal [...] E el parayso terreñal onde estos rios salen, dizenle las Yslas Bienauenturadas; peroque ninguno non puede entrar al parayso terreñal, ca a la entrada puso Dios vn muro de fuego que llega fasta el çielo. (González, 1998: 400)

⁷ Si bien el texto alterna las formas Trigrida, Triguiada, Trigida y Tigrida, la más razonable sería la última, que deriva del nombre Tigris (cfr. Lida de Malkiel, 36).

En su búsqueda de un correlato real para el origen mítico de estos ríos, el autor del *Zifar* identifica el paradisíaco Pisón con el Nilo, por lo que se distancia de Isidoro de Sevilla, que lo identificaba con el Ganges. A su vez, la preocupación por ubicar con precisión los cuatro ríos en el plano real da lugar a la hipótesis de que se vuelven subterráneos para evitar que su curso guíe al Paraíso: “Quando salen del parayso, van ascondidos so tierra, e parece cada vno ally do nasce” (González, 1998: 400). Por otro lado, la preocupación etimológica⁸ es lo que lleva al autor a escribir esta gran digresión, que concluye con la especificación de la ubicación geográfica del reino de Tígrida:

E esta estoria fue aqui puesta destes quatro rios del parayso, porque sepan que el inperio de Trigida tomo nombre deste rio Trigris, e es vna grand partida do se buelue con el rio Eufatres, e llega fasta la mar; e de la otra parte de çierço, comarca este inperio con las tierras de Çin, e de la otra parte con Asia la Mayor, contra oriente, do se fallan los çafires finos. (González, 1998: 401)

El hecho de que esta descripción no satisfaga al lector actual en cuanto a su búsqueda del verosímil, no significa que sucediera lo mismo en el caso del público medieval, ya que el Paraíso terrenal y todas sus características, por maravillosas que fuesen, eran aceptadas como reales. De hecho, muchos viajeros creyeron poder localizarlo, Cristóbal Colón entre ellos. Por otro lado, era normal que los mapamundis de la época incluyeran la ubicación del Paraíso. Tal es el caso del mapamundi del Salterio (1265), y del ya mencionado esquema de Ebstorf.

3. El mundo real: *Embajada a Tamorlán*

La *Embajada a Tamorlán* es un texto que narra el viaje que su autor, Ruy González de Clavijo, realizó entre 1403 y 1404 hacia el Imperio Timúrida, que entonces abarcaba la totalidad de Asia Central. La redacción es de 1406, año en que fallece el rey Enrique. El propósito de esta embajada era fortalecer vínculo de amistad entre el reino de Castilla y el imperio de Tamerlán, Tamorlán o Timur-Bec, líder turco-mongol, que a fines del siglo XIV había conquistado vastos territorios.

La aparición de *Embajada a Tamorlán* da cuenta de un momento histórico en el que la cultura libresca se vuelve insuficiente a la hora de describir las tierras lejanas, y se apuesta con creciente ímpetu al conocimiento empírico de estas y de la experiencia del viaje. Es por ello que el valor de este relato radica en la descripción objetiva de los lugares visitados, en la que se evita dar noticias de lugares imaginados y la autorreferencialidad. Eventualmente, de todos modos, el narrador incurre en la mención de prodigios atribuidos a la gracia divina, lo que motiva una ruptura con el tratamiento realista del itinerario.

Los embajadores navegaron a través de los mares Mediterráneo y Negro, y por tierra hasta Samarcanda, en lo que hoy conocemos como Uzbekistán. Por lo tanto, se trata de un itinerario verificable, en el que la datación marca el tiempo que los viajeros demoraban en cubrir los tramos del recorrido,⁹ además de contar con numerosas referencias a las distancias transitadas.¹⁰ Por eso podemos afirmar que el equivalente cartográfico de esta obra es el portulano, carta de navegación que comienza a popularizarse en el siglo XIV. Debido a su

⁸ La preocupación por la toponimia y la etimología diferenciaría este texto de aquellos que, de acuerdo con lo planteado por Paul Zumthor, tienen por protagonista un caballero andante. En ellos no importa la topografía, sino la experiencia del nomadismo y la carga simbólica que este asume.

⁹ En ocasiones, sin embargo, el narrador parece apropiarse de estrategias de condensación de episodios, puesto que, como anota López Estrada, resulta imposible recorrer en tan poco tiempo tantos sitios de interés como, por ejemplo, en Constantinopla.

¹⁰ En algunas oportunidades se aclaran equivalencias entre las unidades de medición utilizadas: “Esta mar [...] es angosta, que no ha de una ciudat a la otra, salvo fasta una milla, que es tercio de legua” (López Estrada, 146).

carácter utilitario, la composición de estos mapas asignaba un rol central al trazado de rumbos y a la medición de distancias por medio de cálculos precisos, ajenos al simbolismo de los mapas enciclopedistas. Esto supuso una modificación significativa del paradigma cartográfico, ya que incluso se alteró la orientación de los mapas (en cuya parte superior se ubicaba oriente), y se adopta la convención para representar los ejes cardinales que perdura en la actualidad. La *Embajada* se asemeja especialmente a los portulanos de la escuela mallorquina, muy populares en los siglos XIV y XV, que mantienen el valor estético de los mapamundis de siglos anteriores: sin ocuparse de alusiones míticas, estos esquemas cartográficos dan cuenta de la realidad histórica, geográfica y humana marcando con ilustraciones algunas ciudades y accidentes geográficos, como puede verse, por ejemplo, en el portulano de Albino de Canepa (1489), en el que se evidencia un diagramado de las costas y los continentes bastante aproximado al real.

Por otra parte, esta sujeción al realismo remite al género del itinerario (del que *La fazienda de Ultramar* es su máximo representante en lengua castellana), que consistía en anotaciones útiles para los peregrinos que se dirigían a los grandes destinos adonde los conducía la fe, tales como Roma y Santiago.¹¹ *Embajada a Tamorlán* se asemeja a esta tradición discursiva por el hecho de pautar rumbos útiles y sus distancias, lo cual es especialmente notable en las primeras páginas del texto, cuando las descripciones son aún escasas (por tratarse de territorio conocido). Además, la influencia de los relatos de peregrinajes, que aparece reflejada en la mera enumeración de ciudades, por ejemplo, también se pone de manifiesto en la importancia que se les otorga a los templos visitados a lo largo del camino y a la atención puesta en las reliquias de santos:

Los lugares en los que se detienen los viajeros, el tiempo que invierten en recorrer algunos caminos, las distancias recorridas, etc., nos permiten conocer [...] algunas relaciones entre el espacio y el tiempo, dos coordenadas que nos dicen mucho de la manera de entender la realidad, el mundo. En las paradas ejercen una importancia muy notable la liturgia, la religión y también la naturaleza. (Rubio Tovar, 328)

Toda esta información, entonces, resulta valiosa tanto para el lector contemporáneo, por servir de guía para futuras excursiones, como para el actual, ya que la interacción de estas coordenadas proporciona datos interesantes sobre la navegación y exploración terrestre de la época. Los pasajes en los que la narración se detiene en la descripción de los lugares recorridos están, la mayoría de las veces, ligados a tres aspectos: el natural (se pone especial atención a las tierras cultivadas y a los accidentes geográficos), el militar (abundan detalles sobre las defensas de las ciudades, sus muros y torres) y el religioso. Baste recordar los extensos pasajes dedicados a las descripciones de iglesias incluidas en el capítulo dedicado a Constantinopla (que, por ser una de las ciudades más importantes del trayecto, es una de las más ricamente descritas), donde los embajadores visitan numerosos templos que el narrador describe con esmero, centrándose en lo arquitectónico y lo ornamental. El foco de atención está puesto, además, en las reliquias conservadas en estas iglesias, e incluso estas son descritas con objetividad y detallismo, como si se buscara obtener un registro fiel de las mismas para transmitirlo al rey a su retorno. Un ejemplo de estas descripciones minuciosas lo constituye la pintura que se hace de una saya que habría pertenecido a Jesucristo:

¹¹ De hecho, Paul Zumthor se refiere a la influencia de la imagen peregrina. Si bien el narrador de *Embajada a Tamorlán* no expresa los avatares espirituales a los que está sujeta la figura del peregrino, puesto que la subjetividad está subordinada a un sujeto colectivo –“los dichos embaxadores”–, cabe recordar que “la peregrinación posee un alcance que no tienen los demás viajes porque representa en el espacio el tiempo de la salvación y es una imagen de la vida del hombre en la tierra” (Rubio Tovar, 332) y que, como se mencionó al comienzo de este trabajo, en la literatura medieval el motivo de la *peregrinatio vitae* estaba ampliamente representado.

E la una manga estava fuera de la dobladura e de los sellos, la cual saya era forrada de un dimico colorado que es como un cendal. E la manga era angostilla, de las que se abrochan, e era fendida fasta el cabo; e tenía tres botoncillos... (López Estrada, 138)

Si la topografía de la *Embajada* es real, las descripciones deberán ajustarse a los parámetros de la realidad. Se trata de un recurso retórico que, además de rellenar el armazón que suponen las anotaciones espacio-temporales, se utiliza para “crear en los oyentes o lectores una evidencia que es resultado de una imagen lograda con palabras que hacen presente en ellos lo que se describe” (López Estrada, 44). En efecto, sólo en algunas ocasiones se recurre al recurso de lo inefable, con el fin de expresar la belleza magnífica de un lugar: “E tanta e tan rica era la obra d’estos palacios, que se no podría bien escribir” (López Estrada, 248).

Con mucha mayor frecuencia, en cambio, se utiliza el recurso de la comparación, que tiende puentes entre la imaginación del lector y lo visto por los embajadores, y le permite a aquel sentirse también un viajero camino a Samarcanda. Un fragmento de belleza inusitada que ilustra a la perfección la interacción entre el mundo conocido y lo nuevo, es el que describe a una jirafa que los embajadores ven en la ciudad de Huy:

La [jornusa] era fecha d’esta guisa: avía el cuerpo tan grande **como un caballo**, e el pescueço, muy luengo; e los braços, mucho más altos que las piernas; e el pie avía así **como el bue**, e fendido [...]. E cuando quería enfestar el pescueço, alçávalo tanto e tan alto, que *era maravilla*. E el pescueço avía delgado, **como ciervo**; e las piernas avía muy cortas segund la longura de los braços. E omne que no la oviese visto, bien pensaría que estava asentada. E las ancas avía derrocadas ayuso, **como búfano**; e la barriga, blanca; e el cuerpo, de color dorado e rodado de unas ruedas blancas e grandes. E el rostro avía **como de ciervo**; e en lo baxo de faza las narizes e en la frunte, avía un cerro alto, agudo; e los ojos, muy grandes e redondos; e las orejas, **como de cavallo**; e cerca d’ las orejas tenía dos cornezuelos pequeños, redondos, e lo más d’ellos, cubiertos de pelo, que **parecía a los del ciervo** cuando le nascen. E tan alto avía el pescueço e tanto lo estendía, cuanto lo quería, que [...] encima de un árbol tan alto alcançava a comer las fojas d’él, que las comía mucho. Así que omne que nunca la oviese visto, le parecía *cosa maravillosa de ver*. (López Estrada, 197-8)¹²

Este pasaje, como el que describe al elefante (López Estrada, 293-4), además de no incurrir en una pintura fantástica del animal –como podía hacerse para acentuar las diferencias entre el mundo oriental y el ámbito europeo, y marcar así la medida de la lejanía–, lo aproxima a lo conocido por el lector hispánico, puesto que se insiste en la proximidad entre la jirafa y los distintos animales presentes en el imaginario occidental: el ciervo, el buey, el caballo y el búfalo. No se trata de una bestia fabulosa, y el calificativo “maravillosa” es solamente hiperbólico. La comparación, sin embargo, sirve también para marcar la diferencia y acentuar el abismo cultural que separa el reino español del pueblo mongol. Por ejemplo, los embajadores reparan en que, si bien los habitantes de Trebisonda “tienen las iglesias como los católicos”, “ha en ellos muchos yerros en la fee” (López Estrada, 165), yerros que el narrador enumera largamente, y que se refieren a las costumbres relativas al ayuno y a las características de la eucaristía, entre otras cosas.

Así como el *Libro del caballero Zifar* se hacía eco del sincretismo de la cartografía de su época ligando sitios reales con relatos bíblicos, el autor de la *Embajada a Tamorlán*, aunque con menor frecuencia, también busca situar los emplazamientos de algunas historias pertenecientes al Antiguo Testamento. Evidentemente, el relato acerca de Noé y del Diluvio

¹² El resaltado es mío.

universal habían dejado su impronta muy marcada en el imaginario medieval, puesto que en la *Embajada* también se hace referencia a él: “E esta ciudat de Çulmarin fue la primera ciudat que fue fecha en el mundo después del Diluvio, que la edificaron los del linaje de Noée” (López Estrada, 190). En esta ciudad, además, los embajadores dan cuenta de un castillo que “estava al pie de la montaña alta de la arca de Noé” (López Estrada, 191). Del mismo modo que en el *Alexandre* y el *Zifar*, el río Éufrates remite al Paraíso terrenal, de donde nacen los principales ríos: “Esta dicha ciudat de Arzinga está fecha en un llano acerca de un río que es llamado Eufrates, e es uno de los ríos que salen de Paraíso” (López Estrada, 179) y “[Babilonia] los quatro ríos santos todos los ha vecinos” (López Estrada, 392). También identifican el Biamo con otro río paradisiaco –posiblemente el Pisón, llamado “río de oro”: “este es el tercero río que sale del Paraíso; e es tan ancho como una legua, e viene por una tierra muy llana, e va muy rezio, a maravilla, e viene rubio todavía” (López Estrada, 239).

A su vez, el narrador de *Embajada a Tamorlán* se distancia del realismo que caracteriza a sus descripciones para aludir a hechos de carácter mítico a los que lo remiten los lugares visitados. Ejemplo de ello es la inclusión de varias referencias al mito troyano, que continúa la tradición de situar hechos legendarios en emplazamientos reales: “dixeron que allí fuera el templo que derrocara Paris cuando rovara a Elena e quebrantara el ídolo, al tiempo qu’el rey Príamo, su padre, lo enviara fazer guerra en Grecia” (López Estrada, 94). Más adelante se refiere una vez más al rey troyano: “esta isla es la que poblara el rey Príamo” (López Estrada, 109). Menciona también un castillo ubicado en territorio turco en el que “cuando los griegos pasaron de Grecia para destruir Troya, [...] tovieron su lugar” (López Estrada, 112). Lejos de incluir estas referencias por su carácter mítico, el narrador da cuenta de lugares presentes en el imaginario de la época para que el lector pueda reencontrarse con historias que ya conocía y que le permitían situarse imaginativamente en el itinerario de los embajadores. El relato trasciende los límites del documento diplomático y se apropia de recursos propios de los relatos de viajes para que el lector construya un puente entre lo conocido y lo nuevo, como sucede con el recurso de la comparación. Sin embargo, hay otra cuestión en juego: los peregrinos medievales habían adquirido la costumbre de no sólo visitar sitios ligados al ámbito religioso, sino también a lugares inspirados en la geografía de los cantares de gesta y de la literatura en general:

Al igual que en Palestina los peregrinos creían pisar los caminos que recorrió Cristo, parece que [estos] creían en la historicidad de la literatura épica. Los peregrinos que rezaban bajo la cruz de Carlomagno podrían sentir que estaban siguiendo el camino de los héroes. (Rubio Tovar, 336)

Así como Alejandro se incluía a sí mismo en una puesta en serie de los héroes legendarios y otorgaba una importancia notable al relato del mito troyano, los embajadores también disfrutaban de andar los caminos que mencionaban las leyendas. En consecuencia, se hace referencia a una “torre como altaya muy grande que dizen que fizó Roldán” (López Estrada, 86), y a “grandes edificios de muy grand obra que fizó Virgilio”¹³ (López Estrada, 85). Incluso Alejandro aparece mencionado: “D’esta ciudat fue señor Darío, e esta era la mayor ciudat de su señorío e de que más se preciava, onda más fazía su morada. E d’esta ciudat salió con su hueste e poderío cuando peleó con Alixandre” (López Estrada, 204), “e aquí, cerca d’este río, en una llanura ovo su batalla Alixandre con Poro, señor de la India, cuando lo desvarató” (López Estrada, 240).

Las referencias a la guerra troyana, entonces, no son tomadas por ficticias al momento de incluirlas en la obra. Tampoco lo son, lógicamente, las alusiones a Jesucristo, como en este

¹³ El poeta mantuano se había convertido casi en una leyenda debido a su supuesto dominio de las artes mágicas.

caso: “e dezían que está por escriptura allí en la ciudat que aquella abertura se fiziera el día que Iesu Christo resevió la Pasión” (López Estrada, 88). De hecho, el realismo que caracteriza a la obra en cuanto a lo descriptivo se ubica dentro de los límites del pensamiento cristiano de la época, por lo que, como se verá más adelante, muchos de los hechos narrados responden a una lógica divina. Por otra parte, el único animal fabuloso mencionado en la obra –un dragón– aparece en el marco del relato de un milagro (que, como señala el editor oportunamente, los embajadores recogen “de oídas”), por el que un hombre salva a su hija de morir en las fauces de la bestia arrojándole una reliquia de San Juan (un dedo).

4. Variaciones en la figura del viajero

Alejandro es, sin duda alguna, una figura político-militar sobresaliente, que sirvió de modelo a otros grandes conquistadores. Sin embargo, el héroe macedonio, como Ulises, se constituye en un modelo de viajero por no estar únicamente motivado por su impulso conquistador o bélico, sino por su afán de conocer. Así, por ejemplo, se propone dirigirse a Etiopía para “ver do el sol naçe, do nunca fue poblado” (Cañas, c. 1184c).¹⁴ Logra su cometido en las coplas finales, cuando ve el mundo desde las alturas, y adquiere así una “síntesis de todo conocimiento: vio al mundo y, con él, al hombre” (Rico, 53). Satisface así los imperativos de *fortitudo* y de *sapientia*.

Tanto él como el caballero Zifar responden a una lógica que hace del desplazamiento una prueba necesaria de su esfuerzo. El avance sobre tierras desconocidas implica la superación de dificultades que mostrarán el valor del héroe y del caballero. De hecho, no es casual que se mencionen las grandes distancias que Alexandre cubrió en poco tiempo, por ejemplo: “sesenta e tres millas cavalgó en un día” (Cañas, 293).¹⁵ Por otra parte, la ambición del caballero también puede medirse en base a su deseo de desplazarse por nuevas tierras. Por ejemplo, Roboán –el hijo menor de Zifar y segundón– le plantea a su padre su inquietud siguiendo justamente este modelo: “Pidoos por merced que vos e mi hermano que me querades fazer algo de lo vuestro, e que me dedes trezientos cavalleros con que vaya probar del mundo” (González, 1998: 258-9). El hecho de que su ambición lo lleve a tierras lejanas y fabulosas implica, tal vez, que superó en bravía y esfuerzo a su padre, lo que se hace explícito cuando llega a ser emperador.

Ahora bien, las aventuras del caballero andante constituyen un “sueño compensatorio, animado por un deseo de integración del Otro y de lo desconocido por la virtud de la caballería” (Zumthor, 198). Como señala Jacques Le Goff, la búsqueda que caracteriza la aventura caballeresca está atravesada por pruebas que entrañan maravillas, de modo que las proezas caballerescas constituyen en sí mismas algo maravilloso: “lo maravilloso está profundamente integrado en esa busca de identidad individual” (Le Goff, 12). Como dijera el ribaldo, personaje central a las dos primeras partes de la novela, “quien mucho ha de andar, mucho ha de prouar” (González, 1998: 169). Por lo tanto, la figura del caballero andante es ideal para mostrar la influencia de las concepciones geográficas en el campo de la literatura. En consecuencia, las pruebas a que se someten Alejandro y Zifar difieren sólo por el móvil que los guía. A Alejandro lo mueve la inquietud intelectual (además de su ambición conquistadora); a Zifar, el poder de la voluntad de superación. Sin embargo, en ambos se pone de manifiesto la idea de viaje como estructura de la prueba.

¹⁴ Etiopía encerraba numerosos misterios para el hombre medieval, como se evidencia en los pasajes dedicados a esta tierra en las *Etimologías* isidorianas, en las que se menciona la “vecindad del sol” aludida en esta copla. A su vez, se refiere a “razas diversas, de rostros muy varios y de horrible aspecto” y a dragones enormes, de cuyos cerebros se extraen piedras preciosas” (Cortés y Góngora, 349).

¹⁵ En *Embajada a Tamorlán*, por el contrario, el modo casi sobrehumano en que los pueblos orientales avanzan por el desierto es objeto de reproche, que les vale el calificativo de “malditos” (López Estrada, 224).

Por último, la figura del embajador rompe con esta necesidad de probarse en pos del heroísmo. Debido a que el protagonista de esta narración es más bien un sujeto colectivo, no se apunta a un aprendizaje o a un intento de mejoramiento personal, sino que se borran las marcas de subjetividad casi por completo (son muy pocas las ocasiones en que se individualiza a los embajadores, sobre todo en los primeros capítulos): “Existe la intención de no destacar a ninguno de ellos y sólo se nombra en muy contadas ocasiones a uno o a otro y siempre con un motivo justificado” (López Estrada, 39), como puede ser la enfermedad de uno de ellos y el modo en que afecta la expedición (ya que, como se dijo, se destaca el tiempo que se detuvieron en determinado lugar y las causas de las demoras). Por lo tanto, los personajes y sus individualidades se subordinan frente a las descripciones, que incluso relegan la importancia de la misión de los embajadores a un segundo plano y, a medida que lo que encuentran en el camino se hace más y más novedoso, sólo se la menciona en ocasiones específicas, como cuando los presentes que llevan a Tamorlán corren el riesgo de perderse por un naufragio o son pedidos como tributo por un señor de tierras adyacentes a las del emperador oriental.

5. Evolución en la idea de lo maravilloso

La importancia de la representación (en la literatura y, por qué no, la cartografía) de las maravillas radica en el hecho de que, como arguye Alan Deyermond, las bestias fabulosas y otros prodigios constituyen una parte integral de la descripción geográfica (Deyermond, 150), que ilustran la curiosidad que experimentaba el hombre frente a las tierras que escapaban a su conocimiento empírico.

Oriente es, a los ojos del hombre europeo medieval, el territorio privilegiado por lo maravilloso. A medida que Alejandro expande su poderío por la tierra, también lo hace por el ámbito de lo fabuloso y lo extraño. La primera gran digresión sobre lo maravilloso se produce cuando el héroe y sus hombres atraviesan la India, donde hallan todo tipo de “mostros” con los que deben enfrentarse, como ratones y cerdos gigantes, serpientes voladoras y otras bestias que aterrorizan a los hombres de Alejandro. El hecho de que estos enfrentamientos se produzcan en tierras desérticas, donde las huestes del héroe casi perecen de sed, remite a la idea transmitida por, por ejemplo, los esquemas cartográficos de Macrobio, en los que las tierras donde reinaba lo maravilloso eran inaccesibles no sólo por la amenaza de estos monstruos, sino por la zona climática que abarcaban: el hombre no podía llegar a ellas por las altísimas temperaturas. Si bien la India no pertenecía a esta franja, esta característica de su clima es también una advertencia a los viajeros. Más adelante también son mencionados seres de formas extrañas, de características similares a los antípodas que podemos observar en, por ejemplo, el ya mencionado mapamundi de Salterio:

Teniendo su carrera que avié enpeçada,
fallaron los açephalos, la gent descabeçada;
traen ante los pechos la cara enformada,
podrién a sobrevienda dar mala espantada.
(Cañas, c. 2495)

Por otra parte, un episodio particularmente llamativo, en el que Alejandro se interna en un mundo vedado por muchos milenios al hombre, es el de su viaje subacuático, en el que su astucia le permite diseñar un submarino especial para poder contemplar a los habitantes del reino oceánico. Aquí puede observarse nuevamente un número de correspondencias como las que ya se han analizado, puesto que los peces, como los hombres, parecen rendirle pleitesía a Alejandro:

Tanto se acogían al rëy los pescados
 como si los oviessa por armas subjudgados;
 vinién fasta la cuba todos cabeztornados,
 tremién todos ant' él como moços mojados.
 (Cañas, c. 2314)

Además, se establece otra analogía acerca de los animales marítimos que, como los hombres, incurren en la soberbia, que “es en todos lugares, / es fuerça en la tierra e dentro en los mares” (Cañas, 2317). Por lo tanto, una vez más, la armonía de la Creación se pone de manifiesto en toda la extensión terrestre.

Otro de los animales fabulosos que aparecen en el último tercio de la obra es, por supuesto, el grifo. Alejandro se vale de una pareja de estos animales míticos para emprender el más ambicioso de sus viajes, el aéreo, gracias al cual logra contemplar el mundo desde las alturas, como ya se ha dicho.

Estos dos últimos episodios constituyen un itinerario de ascenso y descenso muy frecuente en la poesía épica, y que, como señala Cañas, anticipa la caída final del héroe, víctima de su soberbia y ambición:

Con ello se prepara con mayor patetismo el relato de su rápida caída, especialmente resaltada por nuestro autor con el fin de hacer más fácil la aceptación de las conclusiones que ante sus lectores desea extraer de los hechos y presentar como enseñanza. (Cañas, 548)

Poblado de referencias a lo sobrenatural, por otra parte, el *Zifar* aparece durante una etapa de la evolución de la literatura maravillosa occidental medieval que Jacques Le Goff llama “estetización de lo maravilloso” (Le Goff, 24),¹⁶ esto es, la evolución de una literatura que ya se había instalado en el ámbito intelectual de la época. Su desarrollo en los libros de caballerías o de aventuras está íntimamente relacionado con una cualidad esencial de los que tienen por protagonistas a caballeros andantes, como es el caso del *Zifar*, puesto que el deambular significa necesariamente un avance de los personajes sobre tierras desconocidas y misteriosas, que entrañan un contacto con el Otro, y este, una maravilla: “Lo ‘extraño’ es la diferencia que caracteriza las otras tierras; y esta diferencia provoca la maravilla. Más allá de las distancias ordinarias, lo extraño da una medida de la lejanía” (Zumthor, 253).

Como ya se ha dicho, los territorios reales, así como también los lugares imaginarios que se describen con cierta verosimilitud,¹⁷ son aquellos que tienen un trasfondo bíblico (el autor se preocupa, al menos, por emparentar su historia con el Antiguo Testamento). Cuentan, por decirlo de algún modo, con la aprobación divina. Son, además, los escenarios de lo milagroso (por ejemplo, la resurrección de la señora de Galapia). Por el contrario, los que están atravesados por la fantasía, son tierras del diablo. Aquí es donde aflora lo maravilloso.

Tanto las islas como los lagos son tradicionalmente escenarios de hechos maravillosos. Es por ello que vemos en los episodios del Lago Solfáreo y de las Islas Dotadas un modo especial de referirse a reinos lejanos. Su inclusión en la novela cumple una función especial,

¹⁶ El autor explica que esta etapa, a diferencia de las anteriores (represión e irrupción de lo maravilloso en la literatura medieval occidental), no se define por la incidencia de factores sociológicos, sino por factores propiamente literarios.

¹⁷ “Verosímil” se aplica a un “discurso que se parece a un discurso que se parece a lo real” (González, 1983: 110). Muchos elementos propios de las digresiones geográficas presentes en el *Zifar*, como las referencias a Noé y sus hijos, son verosímiles en tanto se los transmite como tales. Sobre esta cuestión acota Paul Zumthor: “resulta inadmisibles, en este nivel profundo, en este tema y en esta época, el criterio que opone, en nuestra mente, lo ‘real’ y lo ‘imaginario’. El autor y su público eran indiferentes al criterio de credibilidad” (Zumthor, 290).

que favorece la apertura de ese mundo cerrado y acabado, pero profundamente misterioso, lleno de imprecisiones y desafíos. Así lo explica Cristina González, para quien

estas narraciones intercaladas, que están puestas en boca de los personajes, cumplen la función de situar la historia principal en un mundo más amplio [...], ya que multiplican el espacio y el tiempo de esta. (González, 1983: 104)

Por lo tanto, no sólo cumplen el rol de pruebas que los personajes deben atravesar para lograr un cierto aprendizaje, sino que tienen una significación espacial especial, por trazar un paralelo con el mundo conocido, y ofrecer un mundo al revés, que tiene sus propias reglas y ofrece nuevos desafíos al caballero andante. Aquí es clara la función compensatoria de lo maravilloso, de la que hablaban Le Goff y Zumthor, debido al modo en que estos reinos lejanos compensan la regularidad y trivialidad a las que está sujeto el héroe.

Estos reinos fantásticos, por otra parte, si bien no ofrecen vínculo alguno con relatos bíblicos mediante los cuales se intente probar su existencia o mostrar la aprobación divina, exhiben muchos puntos de conexión con elementos folklóricos. El reino lejano, en el marco de los cuentos folklóricos, remite al reino de la muerte, como explica Vladimir Propp, quien compila muchos de los tópicos del folklore presentes en estos episodios, tales como los medios de transporte que conducen a los personajes a estos sitios extraños, la abundancia y riqueza que allí encuentran, la arquitectura de los reinos. Todos ellos, por su vinculación con motivos propios de ritos de iniciación, apuntan a enriquecer la narración con pruebas que están más allá de las posibilidades que ofrece el mundo que el caballero andante conquista paso a paso.

En el caso de la *Embajada a Tamorlán*, la observación novedosa de las tierras que recorren suscita en los embajadores la *maravilla*, término que el narrador utiliza a menudo por su potencial hiperbólico: “tan plazerero de ver que es una maraviella” (López Estrada, 88), “tengo qu’el que esto vido, no vido otra tal cosa maravillosa” (López Estrada, 123), son algunas de sus apariciones. En estos casos, lo que maravilla a los embajadores es producto de la acción humana, tales como edificaciones o arte decorativo. Por otra parte, en ocasiones el uso del término se refiere a fenómenos propios de la naturaleza, tales como un terremoto: “contaban una grand maravilla, e dezían que agora, que puede aver veinte años, que tremiera aquella isla una noche” (López Estrada, 106). Como puede verse, este fenómeno no se explica como un acontecimiento sobrenatural, y en él no interviene ninguna fuerza extraña, excepto la de la naturaleza misma. Por lo tanto, la “medida de lejanía” que aporta la descripción de lo extraño o maravilloso se ha desplazado de la intervención de lo sobrenatural y de las intervenciones demoníacas para acercarse al discurso propio del exotismo moderno.

Sin embargo, el texto no está exento de lo que Jacques Le Goff denomina lo maravilloso cristiano o *miraculosus*, que por su funcionamiento tiende a anular lo maravilloso: este, debido a que “no escapa [...] al plan divino y a una cierta regularidad” (Le Goff, 13), implica una lectura totalmente distinta de las peripecias que atraviesan los embajadores: ya no se trata de sucesos inexplicables e imprevisibles que encierren una hazaña para el caballero que se enfrenta a ellos, sino de una intervención divina que muestra su apoyo a la embajada. Se produce, entonces, una “cristianización de lo maravilloso,” que “arrastró lo maravilloso, por un lado, hacia el milagro y, por otro, hacia una recuperación simbólica y moralizante” (Le Goff, 17). A modo de ejemplo, cabe mencionar los fenómenos naturales que son explicados por medio de la fe en el comienzo de la expedición, como el de los fuegos fatuos: “E duraron estas lumbres cuanto diría una misa, e luego cesó la tormenta. E estas lumbres que así vieran, dezían que era fray Pero Gonçales de Tuy, que se avían encomendado a él” (López Estrada, 92).

En conclusión, nos encontramos frente a tres manifestaciones distintas de la idea de lo maravilloso. En el *Alexandre* aparece como un recurso para dar cuenta de las fronteras del saber humano que se franquean al avanzar sobre tierras exóticas. Puesto que lo extraño es una parte

del mundo –así lo evidencian los mapamundis de la época–, el hombre que deseaba abarcar la totalidad del universo con su saber debía incorporar lo extraño a su dominio, entrando en contacto directo con él. En el *Zifar*, por otra parte, si bien los episodios maravillosos están también al servicio del crecimiento individual del caballero, por suponer pruebas que este debe superar, no se recurre a ellos para representar el exotismo de las tierras lejanas, sino para crear un mundo fantástico que complementa al mundo conocido por el que se mueven los caballeros. Obsérvese las distintas motivaciones que conducen a los personajes de ambos libros a emprender viajes submarinos, por ejemplo. Finalmente, en el caso de la *Embajada a Tamorlán*, la racionalización y objetividad a las que los embajadores someten las descripciones de las tierras orientales que visitan, anulan la posibilidad de referirse a los objetos de su asombro como sobrenaturales o totalmente extrañas, sino que siempre procuran ponerlos en relación con la realidad conocida. Sin embargo, esta racionalización no impide que entiendan ciertos hechos como milagrosos y que se inclinen por explicaciones en absoluto científicas para los fenómenos incomprensibles con que tropiezan.

6. Conclusiones

En este abordaje al *corpus* hemos visto la interacción de la exploración de las tierras lejanas y la idea de *maravilla*, y el modo en que esta se manifiesta en tres obras que encierran grandes diferencias en lo que respecta a su marco narrativo. Nos encontramos, en primer lugar, con el *Libro de Alexandre*, en el que el héroe clásico simboliza la inquietud del hombre medieval, fascinado por aquellas tierras infranqueables, por las noticias confusas que de ellas traían los exploradores y por el deseo de conquistarlas. En esta obra, además, la mixtura resultante de los elementos propios del imaginario cristiano, de la tradición de lo maravilloso y de la cultura clásica nutre el tratamiento de las problemáticas geográficas de modo insoslayable, y nos permite sopesar el valor que el mundo clásico tenía para el hombre medieval, y el modo en que lo integraba a su sistema de ideas.

En segundo lugar, tenemos el *Libro del Caballero Zifar*, una obra cuya riqueza –que se pone de manifiesto en la confluencia de elementos propios del imaginario cristiano, de la cultura árabe, de la tradición de lo maravilloso, y del folklore europeo–, nos permite intuir el modo en que las distintas culturas dejaban su huella en la literatura hispánica y contribuían a formar el complejo tapiz del sistema de ideas medieval.

Finalmente, la *Embajada a Tamorlán* nos ayuda a vislumbrar el proceso de asimilación de las tierras lejanas al imaginario medieval sin intervención de preconceptos fabulosos. Más allá de la información que nos proporciona la toponimia y lo que podemos conocer acerca del poderío político y militar del Gran Tamorlán y de las costumbres de Oriente y de Occidente, la *Embajada* nos permite ponernos en el lugar de un hombre que ve por primera vez una jirafa o que descubre el simple encanto de un melón, y que accede a los secretos de Oriente por contacto directo con ellos, ya no por medio de la lectura de relatos de dudosa veracidad.

De todo ello se desprende la fragilidad de los paradigmas a los que nos aferramos históricamente. La riqueza de un imaginario en el que conviven, como en los mapamundis de finales del siglo XIII, las alusiones al Antiguo Testamento, a paraísos inaccesibles e islas misteriosas, a seductoras sirenas y horrorosos monstruos, a comerciantes y viajeros, a los espantosos antípodas, a ríos míticos y lujosas capitales europeas, nos invita a reflexionar acerca de ese mundo que creemos conocer tan a fondo, pero del que hace tiempo solía decirse *hic sunt dracones*.

Obras citadas

- Biaggini, Olivier. “‘Todos somos romeros que camino pasamos’: *homo viator* dans le *mester de clerecía*.” *Cahiers d'études hispaniques medievales* 30 (2007): 25-54.
- Cañas, Jesús, ed. *Libro de Alexandre*. Madrid: Cátedra, 2003.
- Cortés y Góngora, Luis, ed. *San Isidoro de Sevilla: Etimologías*. Madrid: Editorial Católica, 1951.
- Deyermond, Alan. “Building a World: Geography and Cosmology in Castilian Literature of the Early Thirteenth Century.” *Canadian Review of Comparative Literature* 23.1 (1996): 141-59.
- Elders, Leo. “Les cosmologies médiévales.” *Revue Thomiste* 93 (1993): 97-110.
- González, Cristina. *El Cavallero Zifar y el reino lejano*. Madrid: Gredos, 1983.
- , ed. *Libro del caballero Zifar*. Madrid: Cátedra, 1998.
- Koyré, Alexandre. *Del mundo cerrado al universo infinito*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1979.
- Leff, Gordon. *The Dissolution of the Medieval Outlook: An Essay on Intellectual and Spiritual Change in the Fourteenth Century*. Nueva York: New York University Press, 1976.
- Le Goff, Jacques. *Lo maravilloso y lo cotidiano en el occidente medieval*. Barcelona: Gedisa, 1986.
- Lewis, Clive Staples. *The Discarded Image: An Introduction to Medieval and Renaissance Literature*. Cambridge: University Press, 2002.
- Lida de Malkiel, María Rosa. “La visión de trasmundo en las literaturas hispánicas.” Howard R. Patch, *El otro mundo en la literatura medieval*. México: FCE, 1956. 371-449.
- López Estrada, Francisco, ed. Ruy González de Clavijo. *Embajada a Tamorlán*. Madrid: Castalia, 1999.
- Propp, Vladimir. *Las raíces históricas del cuento*. Madrid: Fundamentos, 2008.
- Rico, Francisco. *El pequeño mundo del hombre*. Madrid: Castalia, 1970.
- Rubio Tovar, Joaquín, 1996. “Viajes, mapas y literatura en la España medieval.” Fernando Carmona Fernández, Antonia Martínez Pérez, coords. *Libros de viaje: Actas de las Jornadas sobre los libros de viaje en el mundo románico*. Murcia: Universidad. 321-343.
- Walker, Roger M. *Tradition and Technique in El Libro del Cavallero Zifar*. Londres: Tamesis Books, 1974.
- Zumthor, Paul. *La medida del mundo*. Madrid: Cátedra, 1994.